

Dichosos los que tienen misericordia

Querido Víctor:

Siguiendo en los RITOS INICIALES de la Santa Misa, nos toca ahora ver el **“Señor, ten piedad de nosotros”**.

Después de habernos reconocido personalmente como pecadores, decimos, alternando con el sacerdote:

Señor, ten piedad de nosotros, Cristo, ten piedad de nosotros, Señor, ten piedad de nosotros”

Es la expresión de la comunidad que invoca a Cristo, Señor y Salvador. Es una oración breve, suplicante, que expresa nuestra fe en la misericordia de Dios. Es la misma súplica que encontramos tantas veces en el Evangelio en boca de los enfermos y de los débiles. Es el mismo grito de la mujer cananea, según leemos en Mateo 15, 21-29, que te resumo: *“Una mujer cananea, dió voces diciendo: !Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David (aparentemente Jesús no le hizo caso; pero ella no se desanimó) Ella, no obstante, vino a arrodillarse delante de El y le dijo: !Señor, socórreme! Entonces Jesús respondiendo le dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase como quieres. Y su hija quedó sana, desde aquel momento”*

Su Santidad Juan Pablo II, en las hermosas páginas de su encíclica “Dives in misericordia” nos advierte:

“La mentalidad contemporánea parece oponerse al Dios de la misericordia y tiende a orillar de la vida y a arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia”.

Efectivamente, tenemos hoy a la vista grandes adelantos tecnológicos y científicos y maravillosas comunicaciones que nos hacen sentir seguros y orgullosos de nosotros mismos. y sin embargo, ¡cuántas veces nos sentimos insignificantes! La enfermedad grave de familiares y amigos; la muerte de aquel

joven en un accidente; el sufrimiento de unos padres ante la drogadicción dl hijo; los pleitos de hermanos

contra hermanos, esposa contra esposo, familia contra familia, guerras entre países y aún dentro de una misma nación. La ignorancia, el hambre, etc.

Por eso nos hace falta recordar continuamente la misericordia de Dios, un Dios cercano, que es nuestro Padre, nos cuida, nos consuela y nos levanta. Nuestra pequeñez se nutre del poder de Dios. !Estamos en buenas manos! Por eso, no nos cansaremos de repetir: !Señor, ten piedad de nosotros! porque sabemos que Tu nos escuchas y porque Tu riges los destinos del universo y eres el Señor y el Rey de la historia.

¿Quieres alcanzar la misericordia de Dios? Recuerda lo que nos dice Jesús, en el que llamamos “Sermón de la Montaña”, las ocho bienaventuranzas de que nos habla San Mateo 5, 1-12 y una de las cuales dice: *“Bienaventurados (también quiere decir felices, dichosos) los que tienen misericordia, porque para ellos habrá misericordia”*.

A través de los siglos, la actividad evangelizadora y misionera de la Iglesia, a lo ancho y a lo largo del mundo, ha incluido siempre las obras de misericordia. Testimonio de lo anterior son la infinidad de hospitales, escuelas, universidades, orfanatorios, asilos, comedores para pobres, rescate y atención de presos, etc. que han sido creados, atendidos y fomentados por la inmensa caridad de sacerdotes, religiosos y laicos, que han dedicado sus recursos y gastado sus vidas en ello.

Tu y yo también somos LA IGLESIA. A veces las personas cuando hablan de la Iglesia se refieren a los sacerdotes y a las monjas; pero todos los bautizados formamos esa maravillosa comunidad de fe, esperanza y caridad. Como miembros vivos de ella, cuando nos dirigimos a Dios suplicando su misericordia, el amor de Dios nos apremia a que también nosotros llevemos a otros su misericordia. Jesús cuenta con nosotros, a pesar de nuestra pequeñez, para que su amor y su misericordia se hagan presentes en medio de nuestra sociedad y del mundo que tanto la necesita.

De los miles de ejemplos de esta acción de la Iglesia, a través de los siglos voy a contarte un ejemplo muy actual, que comenzó antes de que tu nacieras y que va a seguir iluminando al mundo en el siglo XXI. Del libro “Más grandes que el Amor” de Dominique Lapierre, te cuento esta historia: (Te recomiendo que lo leas cuando tengas algunos años más)

“Tenía 18 años. Era una muchacha bella, rica, hija de una familia notable de Bélgica. Alta, con unos ojos bellos, Jacqueline de Decker era una mujer con la que muchos querían casarse y con la cual las mejores familias de Bélgica les encantaría emparentar. Ella prefería pasar horas en una capilla para escuchar qué quería Dios que hiciera en su vida.

Convencida de que Dios le pedía que se fuera de religiosa a la India, llamó al convento de las Hermanas Misioneras de María, que la recibieron felices y quisieron darle una rica comida de bienvenida. Aquella noche estuvo a punto de morir, porque la lata de salmón que abrieron en su honor, estaba descompuesta y tuvo que regresarse a su casa.

Un sacerdote jesuita buscaba voluntarias para crear un centro de asistencia en la India. Jacqueline se apuntó con otras seis jóvenes; pero Bélgica fue invadida por las tropas alemanas en la Segunda Guerra Mundial en el año de 1939. Su grupo se inscribió en la Cruz Roja y durante cuatro años trabajaron muy duro en los hospitales abarrotados de heridos y en condiciones de gran escasez y bajo las bombas.

Al fin de la guerra, el 31 de diciembre de 1946, embarcó sola para la India. Al llegar se encontró con que el sacerdote jesuita que la había animado, murió el mismo día que ella salió de su patria y se encontró absolutamente sola. Durante dos años vivió en medio de los pobres, comiendo un plato de arroz y algunos vasos de té, durmiendo en el suelo entre las ratas y las cucarachas.

Un día que estaba muy desanimada, un religioso europeo le habló de una religiosa de Albania, cuya vocación era, como la suya, vivir en las barracas con los enfermos y agonizantes, educar a los niños de la calle y asistir a los mendigos y abandonados. Dos días después, luego de mucho buscar, se encontró con la futura Madre Teresa.

Aquella mujercita de 38 años, desembarcó en Calcuta en 1929. Era religiosa hacía 16 años, de la orden de Loreto y se dedicaba a dar clases en un colegio para niñas de la alta sociedad; pero Cristo la llamó

para que fuera a servir a los más pobres de los pobres. Después de dos años de lucha, obtuvo el permiso del Santo Padre para fundar su convento. El 8 de agosto de 1948, entró a su modesta casa, vestida con un sari de algodón,(la ropa más barata que usan las mujeres pobres en la India) Y fue en este lugar donde la Madre Teresa y Jacqueline Decker se conocieron.

Jacqueline ofrecería a Teresa sus dos años de experiencia vivida sobre el terreno, aliviando los sufrimientos de los campesinos más pobres. Teresa, por su parte, aportaba su proyecto a largo plazo: la creación de una congregación religiosa consagrada al servicio de los más pobres entre los pobres.

Cuando Jacqueline estaba más entusiasmada, se encontró de repente paralizada con fuertes dolores en la columna vertebral. Un golpe sufrido a los quince años al lanzarse a una alberca era, tal vez, el origen de su mal. Tuvo que regresar a Bélgica, donde la operaron varias veces para evitar la parálisis total. Fueron meses de mucho dolor, aprisionada desde la nuca hasta las caderas en el suplicio de un corsé de yeso. Cuando comprendió que nunca podría volver a la India, escribió una carta desgarradora a su amiga Teresa, que era su adiós desesperado, al ver que se derrumbaban los sueños de su vida.

Tiempo después recibió una carta de la Madre Teresa, donde le proponía un proyecto único en la historia de las relaciones entre los hombres: la creación de una hermandad capaz de tejer, por encima de las tierras y los océanos, una cadena de unión entre aquellos que están enfermos, impedidos y necesitan trabajar, y aquellos otros que trabajan en condiciones muy difíciles y necesitan de la oración de los demás. “Voy a hacerte una proposición que te llenará de felicidad -escribía la Madre Teresa a Jacqueline en aquella noche de octubre de 1952- ¿Quieres ser mi hermana gemela y convertirme por entero en una Misionera de la Caridad? Con tu cuerpo en Bélgica y el alma en la India, uniéndote espiritualmente a nuestros esfuerzos, participarás con la ofrenda de tus sufrimientos y tu oración en nuestro trabajo con los más pobres de los pobres”.

Esta era la señal que Jacqueline esperaba. Al gozo de su aceptación, añadió su voluntad de reclutar a otros inválidos capaces de compartir el mismo ideal. Un ideal que llevaría a cabo la hazaña de combinar dos grandes misterios de fe cristiana: el poder del sufrimiento y el de “la comunión de los santos” que trata de reunir a las almas de buena voluntad. Así nació la asociación de Enfermos y

Dolientes, afiliada a las Misioneras de la Caridad, una cadena “cuyos eslabones de amor iban a rodear al mundo como un rosario”.

Sus primeros miembros fueron 27 grandes inválidos incurables, todos ellos deseosos de ofrecer su dolor por el éxito del trabajo diario de las primeras 27 jóvenes (25 indias y 2 europeas) que siguieron a la Madre Teresa por los barrios miserables de Calcuta. Treinta y cinco años después, son millares los enfermos incurables e impedidos, que se hallan unidos por la oración y el sufrimiento a las hermanitas que trabajan en las leproserías, dispensarios, orfanatos y “morideros” (lugares creados por la Madre Teresa para que los pobres que están muriendo en las calles, pasen siquiera las últimas horas de su vida, rodeados del amor de Dios) que atiende esta orden religiosa en todo el mundo.

A pesar de su edad y de su doloroso collar de suplicio, Jacqueline Decker dirige hoy esta comunión universal desde su modesto apartamento de los suburbios de Amberes, recogiendo cada mañana en su puerta los puñados de cartas que le llegan de todas partes del mundo.

Espero te haya gustado esta historia real y que está pasando HOY en muchas partes del mundo y que es un testimonio de cómo la oración “Señor, ten piedad de nosotros” la Iglesia la hace realidad hora tras hora. También nosotros, en el ofertorio de cada Misa, podemos ofrecer nuestro trabajo, nuestros dolores y alegrías para ayudar a tantos otros que en alguna parte del mundo, necesitan de nuestra oración y sacrificio.

Un cariñoso abrazo de tu amigo Alfonso Gómez.

RECUERDA:

Dentro de los RITOS INICIALES de la Santa Misa, el “**Señor ten piedad de nosotros**” es la expresión de la comunidad que invoca a Cristo, Señor y Salvador, que expresa nuestra fe en la misericordia de Dios.

Intenta contestar algunas preguntas.

1.- Escribe completa la oración: “Señor ten piedad de nosotros”.

- 2.- ¿Por qué decimos que esta oración expresa nuestra fe en la misericordia de Dios?
- 3.- Intenta recordar y luego lo escribes, un caso que conozcas de alguien que unido a Dios hace misericordia con los hermanos.
- 4.- Sugiere alguna acción que tu puedes hacer para ser misericordioso con los demás.

REFLEXIONES DOCTRINALES.

“Bajo sus múltiples formas -indigencia material, opresión injusta, enfermedades físicas o psíquicas y, por último, la muerte- LA MISERIA HUMANA es el signo manifiesto de la debilidad congénita en que se encuentra el hombre tras el primer pecado y de la necesidad que tiene de salvación. Por ello, la miseria humana atrae la compasión de Cristo Salvador, que la ha querido cargar sobre sí e identificarse con los “más pequeños de sus hermanos”. También por ello, los oprimidos por la miseria son objeto de un AMOR DE PREFERENCIA por parte de la Iglesia, que, desde los orígenes, y a pesar de las fallas de muchos de sus miembros, no ha cesado de trabajar para aliviarlos, defenderlos y liberarlos. Lo ha hecho mediante innumerables obras de beneficencia, que siempre y en todo lugar continúan siendo indispensables” (CIC 2448)

“Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen de sustento diario y alguno de vosotros les dice: “Id en paz, calentaos y hartaos” pero no les dais lo necesario para el cuerpo ¿de qué sirve? (St. 2, 15-16)